

# VARIEDADES

## I

ΔΙΑΤΡΙΒΑ Ο ΔΙΣΕΡΤΑΚΙΝ ΣΟΒΡΕ ΛΑ ΟΤΙΛΙΔΑΔ ΔΕ ΛΑΣ  
ΛΕΝΓΟΑΣ ΟΡΙΕΝΤΑΛΕΣ, ΠΟΡ ΛΟΑ ΑΟΝΙΛΙΟΑ ΟΕ ΠΡΕΑΤΑΝ  
Α ΛΑ ΗΙΣΤΟΡΙΑ, ΜΕΔΙΑΝΤΕ ΕΛ ΙΝΦΛΟΟ ΟΕ ΕΝ ΕΛΛΑ  
ΤΙΕΝΕΝ ΠΟΡ ΕΛ ΚΟΝΟΚΙΜΙΕΝΤΟ ΔΕ ΛΑΣ ΙΝΑΚΡΙΠΚΙΟΝΕΑ  
ΟΕ ΚΟΝΤΙΕΝΕΝ ΛΑΣ ΔΙΦΕΡΕΝΤΕΑ ΜΟΝΕΔΑΑ Ο ΜΕΔΑΛΛΑΑ  
ΟΟΝΑΔΑΑ ΟΕ ΑΕ ΗΑΛΛΑΝ ΕΝ ΛΟΑ ΜΟΝΕΤΑΡΙΟΑ, Ο ΕΛ ΔΕ  
ΛΑΣ ΟΡΑΒΑΔΑΑ Ο ΕΑΚΟΛΠΙΔΑΑ ΕΝ ΒΑΡΙΟΑ ΜΟΝΟΜΕΝΤΟΑ  
ΑΝΤΙΟΟΑΑ

Mucho se ha escrito sobre la necesidad, utilidad é importancia de las lenguas sabias, por el influxo que tiene su conocimiento en el de la ciencia sublime de la religi3n revelada, y de otras muchas puramente humanas, pero nada 3 ciertamente muy poco sobre el que tienen en la Historia, mediante el de la Numismática y de otros monumentos antiguos, por los caracteres que llevan consigo las monedas de que trata aquélla, y por las inscripciones que en muchos de estos se hallan; aunque los que se han descubierto por las excavaciones y viajeros en varias épocas y regiones del mundo entre las ruinas, y que se conservan en las Bibliotecas y ricos monasterios de muchas corporaciones, y sabios particulares, han sido y son unos testigos fieles é incorruptibles de la verdad sobre muchos hechos de importancia, que refiere la historia, y ésta en retorno habla en sus lugares convenientes de aquéllas, no por curiosidad ni ostentación, sino para manifestar por ellas misterios y secretos que encierran, demostrando por sus inscripciones y otros signos la verdad de

lo que cuenta. No se puede menos de admirar que hasta poco más de dos siglos á esta parte no hubiesen apreciado los literatos como convenía este ramo de instrucción, tan curioso y agradable como necesario en muchos casos, para prueba de la historia en la narración de muchos hechos.

Pero así como esta admiración por una parte se desvanece á vista de lo que sucede, y al considerar el abandono y aun desprecio de las lenguas orientales entre los españoles teólogos, á pesar del influjo directo que tienen sobre la religión divina y Teología fundamental, crece mucho más por otra, y se aumenta hasta lo increíble la admiración cuando nos acercamos ó tratamos de conocer la causa de donde procede tanto mal en todos los extremos.

Está demostrado (permítase aquí una pequeña digresión) y se demuestra cada día con hechos, que la necesidad de las lenguas orientales es tanta en un teólogo, especialmente maestro, que sin saber la hebrea y la griega tiene que sellar sus labios y hacer del mudo en la más crítica ocasión en que la iglesia ó los próximos partícules acudan ó necesiten su socorro. Se le presenta v. g. un rabino literato ó un pobrecito judío deseoso de su eterna salvación, para consultarle sobre la verdadera inteligencia de muchos lugares de *Pentateuco*, *Profetas*, etc., en los que se habla del Mesías prometido, y de su venida; le pregunta para conocer la verdad, para disipar sus temores, para tranquilizar su conciencia agitada y vacilante entre la doctrina y explicación de sus Rabinos, y la de los doctores cristianos católicos; y supuesto que él sabe que tanto aquéllos como éstos confiesan y respetan por auténticos los libros originales hebreos, acuden al P. M. Teólogo éstos descarriados israelitas, como unos enfermos al médico; ¿pero qué sucede? ¿qué desconsuelo! Este médico no tiene tacto; esta antorcha está apagada, ó bajo de un medio celemín; porque este doctor se encogerá de hombros como un pobre hombre, si es prudente, ó le hablará presentándole los motivos de credibilidad, que la *Vulgata* ofrece con el cumplimiento de las profecías, y los irrefragables argumentos que estas contienen, etc. Mas entretanto, el judío literato, ó no literato,

no oye; recusa el texto latino como traducción hecha por un cristiano católico (así como el doctor cristiano recusa, ni aun puede sufrir, el de quien hablamos los nombres solos de la Masora, Maimónides, Kimchi), y apela con razón al texto original hebreo, que reconocen y respetan los judíos y católicos. Y he aquí que ya no tenemos doctor; este gran fanal de la religión católica solamente alumbra á los del puerto; deja á oscuras á los infelices náufragos que se le habían acercado en tiempo, y los deja perecer. Otro tanto sucederá al doctor católico sin el conocimiento de las dos lenguas hebrea y griega, si es que no solamente ha de exhortar como debe *in doctrina sana* a sus próximos fieles, sino que ha de estar siempre dispuesto para argüir, refutar, convencer y confundir á los enemigos que nos contradicen, ya cismáticos, judaizantes ó no judaizantes, ya protestantes y herejes; porque para esta gente el doctor católico de que hablamos es un soldado sin armas: no puede entrar en disputa con ellos; y si su celo le anima y se empeña en la acción, á su pesar se verá despreciado, ó le enviarán á la escuela, ó se reirán de él. Muchos ejemplares de que nos abstenemos pudiéramos alegar aquí en prueba de lo que decimos, y de los que nos abstenemos por seguir nuestro propósito.

La utilidad de la lengua griega y arábiga es tan conocida en el literato, médico, cirujano, veterinario, botánico y farmaceuta, etcétera, que (aun sólo por la economía del trabajo y ahorro del tiempo que gastan en aprender de memoria un gran catálogo de voces bárbaras, para ellos, que no entienden y que nos venden caro á cada momento) se debieran decidir á un estudio particular que les facilitaría, sólo con tender la vista sobre una voz simple ó compuesta, la inteligencia de una definición confusa y larga que apenas entienden. Y si esto sucede en ciencias y facultades, en que el conocimiento de las lenguas sabias tiene un influjo de necesidad ó de utilidad directa, ¿qué extraño que en la Numismática y en la Anticuaria se echen de menos? Empero: ¿cuál es la causa que produce tanto estrago, esta especie de mordorra en que yacen los españoles?. ¿Existe?, ¿se conoce? y ¿aun permanece? Sí, señores: existe, se conoce, permanece, se tolera,

se autoriza y aun falta algo más que añadir: se halla muy elevada y brillante en el lugar sublime á que aspiran sobre la tierra los hombres. Se halla en las mismas grandes Cátedras, de grandes Universidades, de Colegios, de Seminarios, de Corporaciones religiosas y no religiosas, que gozan del fuero de Universidades; se halla, en fin, autorizada en más de las dos terceras partes y media de los literatos que cuenta nuestra nación, tan ufana por otra parte, y tan contenta solamente con traer á la memoria los nombres inmortales de los españoles del siglo xvi. ¡Ojalá que no hubiéramos sido testigos más una vez, y que no pudiéramos referir en esta ocasión las mismas voces que hemos oído de la boca de grandes oráculos y maestros de nuestra sacrosanta religión! Estos hombres que hablan á sus discípulos y súbditos, en público y en secreto, no contentos con no ver, les sacan los ojos, ó les fascinan para que no vean la hermosa luz que brilla en los códigos sagrados y profanos, en las monedas renegridas y toscas inscripciones; á pesar de los deseos, celo, encargos y aun preceptos repetidos de la Santa Sede hechos á los prelados superiores, para que establezcan cátedras y maestros de las lenguas orientales, y que fomenten, auxilien, protejan y premien á los alumnos que se aplican á su estudio, como los hizo por Gregorio IX, en el 1238, en su Bula *Pro celo cristianae fidei*, Clemente V, en 1312, y Concilio vienense, y Paulo V, en su Decreto, *Felicis recordationis*, en 1610. Lejos de cooperar y llevar á efecto disposiciones tan sabias (parece increíble, pero es verdad demostrada en hechos y efectos), repiten á sus alumnos siguiendo la conducta de aquellos de quienes ya en su tiempo se quejaba San Jerónimo cuando decía: *optima enim quaeque malunt contemnere plerique, quam discere*; añadiendo con tono grave y media risa (cuando se trata de la materia): *Tiempo perdido, ocupación pésima, eso para nada vale, todo está ya traducido y explicado en castellano, eso me huele á jansenista, sirve para volverse herejes y otras expresiones ó sandeces semejantes.*

Bien sabido es cuánta fuerza tienen las palabras de los maestros y prelados superiores, y cuánta es la impresión que hacen en el tierno corazón de los súbditos y discípulos, que, viéndoles

y creyéndoles de buena fe como á depositarios de la virtud y sólida doctrina, se sienten poseídos y contagiados con estas máximas de una especie de hidrofobia tan pestilencial, que no solamente les obliga á ellos á huir de las fuentes de agua pura, sino que convidan á sus coetáneos á participar del hallazgo de la holgazanería y ahorro de trabajo, pegándoles el aborrecimiento al estudio de los fundamentos sobre que estriba el pasmoso edificio de la religión revelada y de toda la ilustración que hace á los hombres verdaderamente sabios. ¡Plugiera á Dios que nos engañáramos cuando repetimos que no tiene otro principio el abandono lastimoso en que yace entre los españoles el ameno y sólido estudio de las lenguas madres; y que de aquí procede la decadencia y atraso del de la Religión y Teología fundamental, de la Medicina, de la Botánica, de la Veterinaria, de la Numismática, de la Historia, y, en una palabra, el del buen gusto y bellas luces de la literatura, en toda la extensión de la palabra.

Ya se deja conocer que no tratamos aquí de averiguar directamente la necesidad ó importancia del estudio de las lenguas madres en los maestros y profesores del estudio de la religión divina y de otras artes; y, por consiguiente, ni de su origen y antigüedad respectiva á cada una, ni del arte de escribir: solamente nos proponemos demostrar *in oblicuo* (como se dice en la escuela) la utilidad del conocimiento de las lenguas hebrea, caldea, siriaca, griega y árabe por el influjo que tienen en la Historia, mediante el conocimiento de las monedas, medallas é inscripciones, por los auxilios que éstas nos suministran con sus signos y caracteres.

Mas como el arte de pintar el pensamiento y la palabra en la escritura (según la mayor ó menor perfección que hoy tiene en cada lengua, por la invención posterior de ciertos signos, que fijan el significado de la palabra escrita á determinado objeto, y aun el de la frase á sentido determinado) nos presenta caracteres y signos que no se conocieron en un principio; á saber: en la hebrea, siriaca y caldea los puntos, vocales y los acentos; en la árabe, las mociones y otros de su ortografía, así como en la griega algunas letras más, y otros signos que no tuvieron en su

origen; se hace preciso hablar de cada una de estas cosas, por que sin su conocimiento las lenguas escritas, especialmente muertas, serían ó hubieran sido inútiles á su posteridad, como incomprendibles á la inteligencia natural del hombre: además que por el uso ó no uso de estos caracteres, hallados ó no en las inscripciones y monedas, se viene en conocimiento, al menos aproximadamente, de la época en que se escribieron, esculpieron ó grabaron.

De aquí resulta la división que naturalmente exige este argumento, que constará de tres puntos, en los que se declarará con el posible laconismo y sencillez: 1.º Qué se entiende por letra, sus accidentes, su inventor, su número, su uso y variaciones que ha padecido en algunas lenguas y en cuáles. 2.º Qué son prosodias, su origen y división; qué se entiende por puntos diácritos y vocales en las lenguas que las tienen; cuáles sean éstas, y qué utilidad nos proporcionaron los inventores de éstos y de aquéllas con su establecimiento en las lenguas escritas.

De la exposición que vamos á presentar de los dos puntos primeros, que formarán dos artículos, se seguirá el tercero y último, en que, recopilados los anteriores, se verá cómo en un punto de vista, demostrado con ejemplos, la necesidad ó á lo menos la grande importancia del conocimiento de las lenguas sabias y su influjo en la riqueza, perfección é inteligencia de la Historia por la de las inscripciones y monedas.

#### ARTÍCULO PRIMERO

**Qué se entiende por letra, su división, su número, uso y variaciones que ha padecido desde su nacimiento hasta hoy.**

Letra: primer elemento de la palabra escrita, es una figura de varios modos, escrita ó esculpida, grabada y cuñada en la superficie de un cuerpo, como signo arbitrario representativo del movimiento articulado de uno de los cinco órganos naturales de la voz del nombre.

Omitiendo la común división gramatical de las letras en mudas, líquidas y semivocales, y el porqué se llamaron así, y en vocales y consonantes, las consideramos á nuestro propósito con dos respectos: uno relativo al movimiento articulado del órgano que comunica su sonido al oído del presente que escucha, y el otro relativo á la figura que compone la voz escrita, que representa ó significa un objeto determinado para inteligencia del ausente en lugar ó en lugar y tiempo. En esta consideración se funda la interesante y principal división de las letras, que contiene dos miembros: uno, según el órgano que las articula, en labiales, dentales, linguales, palatinas y guturales, con la división en tenues, medias y aspiradas (1), y el otro, según la figura material que presenta á la vista, en unciales y semiunciales. Omitimos las otras divisiones en vocales y semivocales, en consonantes y vocales, ya porque éstas son de fecha muy posterior á las consonantes, y ya porque nada ó muy poco hacen á nuestro propósito. Sólo diremos en cuanto al segundo extremo, que la palabra *uncial* de que usaron los antiguos para significar una parte del peso ó medida de una libra que dividían en doce partes ú onzas, como acostumbran hoy los médicos en sus recetas, fué adoptada por los gramáticos para significar uno de los accidentes de las letras de su alfabeto, al cual consideraban como un todo ó una libra que constaba de tantas partes como letras contenía, fuese cual fuese el número de ellas; y de aquí llamaron uncial a la letra que no solamente era en el tamaño igual ó proporcionada á las restantes del mismo alfabeto, sino que en la

---

(1) Esta doctrina elemental, tan recomendada como necesaria en las escuelas de Oriente, es el fundamento de la Filosofía, que contiene las lenguas de su escritura y mecanismo, cuya inteligencia es indispensable para saber científicamente la propiedad, etimología y recta pronunciación de las palabras. Los defectos de nuestro alfabeto, la falta de inteligencia en los maestros de primeras letras, y de explicación sobre el particular en los libritos elementales de nuestra rica y armoniosa lengua, son tres causas que influyen demasiado en la dilatada asistencia de los niños á la escuela y en los defectos que comúnmente se advierten en la ortología y ortografía de los adultos.

figura era diferente de la que, siendo la mitad menos en el tamaño, llamaban semiuncial por esta causa.

Los griegos, por ejemplo, llamaban uncial á su alfa de esta figura *A*, y semiuncial á la de esta *a*. Los hebreos primitivos, caldeos, siros y árabes, aunque usaron de la letra uncial en el primer sentido, esto es, en el tamaño á la cabeza de la primera palabra de un libro ó de un capítulo, no hallamos ejemplar de haberla usado en el segundo; mas para la inteligencia de los escritos griegos se hace tan precisa la noticia de esta división, que sin ella muchos de ellos estarían fuera de los comunes alcances; pues no solamente se hallan monedas é inscripciones antiquísimas anteriores á la Era cristiana, guerra del Peloponeso y aun de la de Troya, escritas con caracteres unciales, sino que tenemos un ejemplar de haberse usado hasta el siglo v y aun después (I).

Si buscamos al inventor de las letras o del primer alfabeto, y para el efecto nos colocamos con el pensamiento en la época y lugar en donde sucedió la confusión de las lenguas ó de la única que conocían los hombres (pues que hasta entonces fueron *labii unius* todos los habitantes de la tierra), nada más hallaremos allí que la dispersión y confusión; esto es, que aquellos hombres, hablando nosotros propiamente, ninguna lengua hablaban ellos, porque no se entendían unos á otros; y lo mismo hubiera sucedido si hubieran tratado de manifestar sus pensamientos por escrito á los presentes ó distantes en lugar y en tiempo. Luego es preciso acudir á otro punto diferente si hemos de hallar lo que buscamos; es decir, si había algunos hombres en otro lugar que hablasen y conservasen la misma lengua que tenían aquellos que la habían perdido cuando ó mientras edificaban la torre, y preguntar en seguida ¿aquéllos sabían escribir ó no?, y si sabían

---

(1) En el relicario del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial se halla un tomo en 4.º, manuscrito, que contiene el evangelio de San Juan, en griego, con letras unciales, copiado por mano de San Juan Crisóstomo, según se dice en una nota puesta al principio del mismo libro que refiere quién y cuándo le regaló al Rey Católico Felipe II, que le aplicó al Monasterio.



¿quién fué el que les enseñó? Suponiendo lo que consta de la Sagrada Escritura, á saber, que todos los hombres que había entonces sobre la tierra hablaban una misma y sola lengua, y que los que concurrieron á la construcción de la torre la perdieron en castigo de su soberbia, nos será lícito inferir en buena lógica: 1.º, como cosa cierta, que hubo alguna tribu ó familia que habitando por entonces en otro lugar distante, conservó pura su lengua, así como conservó la pureza en religión y culto del verdadero Dios, y no fué cómplice en el delito que los otros cometieron. Y con efecto, Heber, quinto ó sexto nieto de Noé por la línea de Sem, y sexto ó séptimo abuelo de Abraham, no se hablaba entonces en aquel lugar y fué el que la conservó; 2.º, como muy probable, que aquel gran varón, como cabeza de familia y heredero de los conocimientos de su grande abuelo Noé, no sólo habló la primera lengua que hablaron los padres y abuelos de éste, sino que había aprendido de ellos también el medio de comunicarla á los distantes en lugar y en tiempo; medio que no es otro que el de la escritura, arte portentoso que no pudo menos de tener su origen en el primer hombre enseñado por Dios, porque tenemos por muy cierto que los conocimientos tan decantados de los egipcios sobre las ciencias y artes los recibieron de los descendientes de Noé por la línea recta de su hijo primogénito Sem; á saber, Heber, Abraham, José, hijo de Jacob, en épocas diferentes, mientras permanecieron entre ellos, disipando las tinieblas y errores de la idolatría, en que habían incurrido como hijos y descendientes de Cham, segundo hijo maldito por su padre Noé, y restableciendo las ciencias y buenas costumbres que habían olvidado con sus desórdenes. Así como también, que el patriarca Noé los heredaría de sus padres y abuelos ascendientes por Lamech, Enoch, no el primogénito de Caín, sino Enoch, séptimo nieto de Adán, de quien se cree, no sin fundamento, que sabía escribir, y que, en efecto, escribió treinta libros, según afirman Almotharaf y Abenmenio con otros escritores árabes muy anteriores á Mahoma, citados por Jordán, refiriéndose á los manuscritos que se hallaban en la Biblioteca de El Escorial en la época anterior á la entrada ó invasión de

los franceses en España. Mas prescindiendo de estos testimonios y de los de otros árabes antemahometanos que constantemente afirman la antigüedad de la escritura entre los antediluvianos, ello es que tenemos un testigo de excepción mayor sobre este particular, y otro muy respetable sobre el de la poca ilustración ó mucha barbarie de los egipcios antes que Abraham pasara á Egipto.

He aquí lo que escribe San Judas, apóstol, en los versículos 14 y 15 del capítulo único de su carta canónica: Προσητέτυσε δι κας τριτοισ ἑβδομος ἀπὸ Ἀδὰμ Ἐνώχ λέγων, Ἴδὲ ἦλθε Κύριος ἐν μυριάσιν ἁγίαις αὐτο ποιῆσαι κρίσιν κατὰ πάντων και ἐξελέγξει πάντας τῆς ἀσεβείας περὶ πάντων τῶν ἔργων ἀσεβείας αὐτῶν, ὧν ἠσέβησαν, και περὶ πάντων τῶν σκληρῶν, ὧν ἐλάλησαν κατ' αὐτῆ ἀμαρτωλῶν ἀσεβείας. Esto es, acerca de estos (qui carnem quidem maculat, dominationem autem spernunt, majestatem autem blasphemant) profetizó Enoch, el séptimo (descendiente) de Adán, diciendo: «He aquí que vendrá (1) el Señor en medio de sus miriadas de santos, para hacer juicio contra todos y argüir á todos los impíos sobre todas las obras de sus impiedades, que cometieron impiamente; y sobre todas las cosas duras que hablaron contra Dios los pecadores impíos.» En donde se ve que el Santo Apóstol, primero nombra la persona de Enoch, la especifica y determina con el epíteto de séptimo después de Adán para distinguirle del Enoch, primogénito de Caín; segundo, afirma que profetizó, y refiere sus palabras llamando al lector su atención con esta λέγων *diciendo*: y como acerca de las palabras que se citan ó refieren de una persona con sus señas individuales, medie mucho ó poco tiempo, se entiende por el orden regular que se leyeron escritas por ella misma ó por otra que las oyó de su boca, parece claro en sentido obvio gramatical que Enoch, séptimo nieto de Adán, supo escribir y que de hecho escribió.

---

(1) La palabra del original ἦλθε, que se traduce al castellano, vendrá, siendo un aoristo segundo activo del verbo anomalo ξορμασι, y que por consiguiente significa la acción en pretérito, se traduce vendrá, y no vino, porque contiene un hebraísmo de los que se hallan en estos libros y escritores con frecuencia.

Sobre el segundo extremo, Flavio Josefo, en su libro primero de las antigüedades judaicas, capítulo VIII, § 2.º, escribe de esta suerte: Ἰών γάρ Ἀιγυπτίων διαφόροις ἀρεσκομένων ἕθεος, και τὰ παρ' ἀλλήλοις ἐκφραλιζόντων νόμιμα, και διὰ τὸτο δυσμενῶς ἐχόντων πρὸς ἀλλήλους Συμβολῶν αὐτῶν ἐκάσις, και διαπτῶν τες λόγους εἰς λαοισιντὸ περὶ τῶν ἰδίῶν, κένους και μεδὲν ἐχονται ἁλιγδὲς ἀπέφαινε θεομαθεῖς ἔν ὑπ' αὐτῶν ἐν τῆς συνοισίαις ὡς συνετώτατα, και δέιγος ἁνήρ ἔ νυῆσαι μόνον, ἀλλὰ και πείσαι λέγων περὶ ἔων ἐπιχηρησαι διδάσκειν, τήν τέ ἀριθμητικὴν αὐτῶν χαρίζεται, και τὰ περὶ ἀστρονομίαν παραδίδωσε. «πρὸ γάρ τῆς Ἀβράμης παρσείας εἰς Ἀιγυπτον, Ἀιγυπτοι τῆτων εἶχον ἀμαθῶς. ἐκ Χαλθῆων γάρ τῶντ ἐφότισεν εἰς Ἀιγυπτον, ἔθεν ἦλθε και εἰς τες Ἐλληνας. Es decir, pues los egipcios se hallaban muy contentos con sus diferentes costumbres; mas, despreciando los unos las ceremonias de los otros, se tenían por esta causa, mutuamente un odio eterno: habiendo conferenciado él (Abraham) de por sí con ellos, y no hallando en razón los discursos que hacían sobre sus opiniones, les demostró que eran vanas y nada contenían de verdadero: por lo que admirado por ellos en sus Congresos como un varón sapientísimo y maravilloso, no solamente en el saber sino en el persuadir cuando hablaba de las cosas que se proponía enseñar, les instruyó gratuitamente en la Aritmética y les impuso en la Astronomía.

*Pues antes del arribo de Abraham á Egipto, los egipcios eran muy ignorantes de estas cosas que vinieron de los caldeos á Egipto y de aquí á los griegos.*

Hasta aquí Flavio Josefo. De donde concluimos, en primer lugar, que la primera lengua que se habló entre los hombres fué la hebrea, que comúnmente se llama también la lengua santa, ya porque fué infundida á nuestros primeros pádres en el Paraíso por el Santo de los santos, Dios; ya porque la hablaron los santos patriarcas y profetas; y hebrea, porque fué conservada por Heber ó porque de éste recibió el nombre, atendida su etimología: bien que algunos pretenden que le recibió en tiempo de Abraham después de su tránsito de la Caldea por el Jordán á la tierra prometida; por cuya causa les llamaron la pri-

mera vez עִוְבָר, esto es, hebreo ó pasajero. Segundo, que el arte prodigioso de hablar á los distantes en lugar y en tiempo fué un don del Cielo, comunicado con otros innumerables al primer hombre inocente. Y tercero, que los primeros elementos de la palabra escrita fueron los primitivos de los hebreos, esto es, los samaritanos, que se conservaron constantemente en el pueblo de Dios hasta la captividad de Babilonia en donde, ó cuando Hersedas adoptó los de los Caldeos, y con los que copió los sagrados libros á su vuelta para Jerusalén. Mas ¿en dónde, cuándo y por quiénes se inventaron los diferentes alfabetos de las diferentes lenguas que aparecieron en el mundo después de la confusión? Son puntos tan difíciles de averiguar, como el de los nombres particulares de las personas que concurrieron á la construcción de la grande torre.

Sólo en cuanto al de la lengua griega diremos, siguiendo la opinión de Josefo en su libro I, *Cont. Apion*, que Cadmo (no el milesio, el primer historiador, como quiere Plinio en su libro V, capítulo XIX), sino Cadmo, el hijo de Agenor, rey de los fenicios, fué el que comunicó á los griegos iliteratos las letras que no conocían hacia el año de la creación del mundo 2526, enseñándoles la figura y nombre de todas y cada una, cuyo número total fué el de 16 solamente y todas unciales, á saber, ΑΒΓΔΕΙΖΗΘΙΑΚΛΜΝΞΟΨϜ... pues las otras ocho restantes para completar el número 24 de que hoy consta el alfabeto las admitieron más de dos siglos después, en dos épocas diferentes, á saber, las cuatro ΘΣΦΧ que fueron añadidas por Palamedes hacia el tiempo de la guerra de Troya, que aconteció en el siglo III de la creación del mundo, hacia el año de 2695, según algunos expositores, y según Menandro sobre el 2820; y las cuatro restantes, á saber, ΖΗΨΩ, que fueron inventadas ó añadidas por Simonides Melico; aunque sobre este particular no convienen los escritores, pues algunos opinan que las dos, una aspirada y otra doble Θ y Ψ fueron inventadas por Epircarmo Siracusano, y ello es que Maleagro en uno de sus epigramas llama á la letra doble Ψ letra de los siracusanos γραμμα Συρακυσίων.

En esta doctrina, que á primera vista aparecerá cual menuden-

cia, nada ó muy poco útil (así como otras muchas en que han trabajado no poco los gramáticos, filósofos y humanistas), se encuentran ciertos crepúsculos de luz, que aplicados á las monedas é inscripciones bastan para conocer, determinar, conceder ó negar en la historia ciertos puntos que, sin los datos positivos que nos prestan estos conocimientos, quedaría aquélla enteramente oscura ó sin pruebas claras de sus hechos; y nosotros, sin la suficiente luz para asentir á su creencia. Pues parece manifiesto que al hallar una inscripción (por ejemplo) griega, que no tiene letra consonante doble, ni vocal larga en donde conviene, y debe ponerse, y sin puntos diacríticos, ni mociones en la hebreo, caldeo y árabe, ó con letras caldeas en la primera de estas tres, es una prueba, ó al menos un dato para conocer la época en que se formó.

En cuanto al uso y variaciones que han padecido en su figura las letras desde su origen hasta hoy, diremos, si podemos, en pocas palabras lo que nos parece más probable entre lo mucho que han escrito en capítulos y aun en libros enteros varios autores; y esto ciñéndonos solamente á las dos lenguas hebreo y griega, porque en las demás no merecen la mayor atención sus variaciones.

Los antiguos hebreos con los posteriores judíos que les siguieron fueron, han sido y aun son tan fieles, tan constantes, tan celosos y tan escrupulosos en custodiar incorruptible el sagrado depósito de la fe de su religión, de su culto y ceremonias, que (haciéndoles justicia en nuestro dictamen, á pesar de que no ignoramos que algunos teólogos católicos, pero sin presentar pruebas claras y terminantes del delito, les han echado y echan en cara el atrevimiento sacrílego de haber corrompido y viciado en muchos lugares de la Sagrada Escritura el texto original hebreo) lejos de haber pecado en este punto hicieron (disposición de la divina providencia) el servicio más importante á la Iglesia Católica, conservando por medio de la puntuación de prosodias, vocales y acentos claro, puro, abierto y bien conservado, el sagrado depósito de la fe que ellos profesan con nosotros sobre las promesas acerca del Mesías y más verdades contenidas en

la Ley y en los Profetas, cuyo sentido y cumplimiento los desventurados no ven por el velo que les cubre los ojos en pura pena del Deicidio que cometieron sus padres, y de la sangre inocente que se echaron sobre sí y sobre ellos, pues no sólo han conservado en su totalidad puros los libros santos, según la letra de las profecías contenidas en ellos y según los recibieron de Moisés y de los demás profetas, sino que su escrupulosidad en este punto les llevó al extremo de conservar hasta los pequeños descuidos que pudo tener el escribiente que hizo del original autógrafo la primera copia de las que se multiplicaron después para el uso de las cabezas de las tribus y de los rabinos ó maestros de la Ley. La prueba de este aserto es tan clara y manifiesta, que los filohebreos de cuatro meses de estudio la palpan sólo con abrir los ojos y tender la vista sobre algunas palabras que se hallan en lugares repetidos del *Pentateuco* y *Profetas*, en que se ve una letra de las radicales ó serviles de una voz, un tanto más larga ó más gruesa que las otras que la componen: cosa que sucede, no en los ejemplares de una impresión, sino en los de cuantos he visto impresos y hasta en el precioso manuscrito que se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Alcalá de Henares, y que consulté en algún tiempo sobre este particular y sobre otros, entre ellos sobre la errata de la palabra מִיְחֹל Mihicol, hija menor de Saúl, por מֵרֹב Merob, que fué la hija mayor. Mas lo que pone en claro y fuera de toda duda la cuestión presente es: que los masoretas del siglo v y vi, viéndose ya dispersos, sin templo, sin lugar fijo, ni sinagogas, y conociendo que la inteligencia y verdadera lección de los santos libros, que hasta entonces se habían conservado con la tradición de la viva voz de los maestros de las sinagogas y escuelas, iba á perderse, inventaron el sistema de puntuación, tan filósofo y sabio como á propósito y seguro para fijar la verdadera inteligencia y contenido de los escritos; pues con los puntos vocales fijaron la significación de cada palabra de por sí; y con los acentos, emperadores, reyes y ministros, marcaron la jurisdicción de cada uno, y con ella el sentido de cada miembro del período, más ó menos principal, y la del período completo, al modo que nos-

otros con las vocales y acentos determinamos esta voz *páso* v. g., á significar un objeto distinto del de esta voz *pasó*, y con la coma, y punto y coma, dos puntos y punto final, marcamos y ordenamos las palabras y sentido que queremos depositar en la escritura como signo representativo de nuestra voluntad y de nuestros pensamientos; pues es claro demasiado, que sin vocales ó puntos vocales, acentos y ortografía el texto original hebreo presentaría á la posteridad de su pueblo y á la de los hombres más sabios y linceos de los otros pueblos del mundo unos libros ininteligibles, ilegibles y llenos de confusión, así como en castellano, v. g., un escrito sin vocales ó con letras consonantes solas, suponiendo que la primera palabra fuese esta *ps*, presentado á un Académico de la lengua española para que le leyese, no sabría ni podría decir si la dicha voz significaba *paso*, *peso*, *piso*, *poso*, *puso*, *pasó*, *peso*, etc., y lo mismo de las demás de la sentencia escritas del mismo modo.

Si los masoretas, pues, no hubieran sido, á más de grandes filósofos, mui fieles en la puntuación, de modo que ésta ofreciera al judío y no judío inteligentes en la gramática, sistema y lexicones de su lengua, la significación de la palabra y la inteligencia de la sentencia ó período, y, por el contrario, hubieran tratado de corromper el original hebreo, nada les hubiera sido más fácil que haber hecho lo que sus enemigos les imputan sin razón; pues sólo con haber extendido la jurisdicción de un acento rey, que es decir, pasándole á la palabra siguiente, que es de la jurisdicción del otro emperador que sigue, hubieran quitado á los católicos uno de los principales argumentos con que demuestran contra los judíos la venida del Mesías divino al mundo, ó la existencia del Misterio inefable de la Encarnación, por las palabras de la profesía de Jacob al bendecir á su hijo Juda; y lo mismo podríamos decir de otros muchos lugares.

La cosa está demostrada hasta la evidencia, como veremos después. Ahora concluiremos este extremo diciendo: que los Hebreos en su alfabeto primitivo no pusieron ni admitieron la más pequeña variación, que conservaron fiel y escrupulosamente todas, y cada una de sus letras, usando de ellas en sus escri-

tos hasta su vuelta á Jerusalén de la captividad de Babilonia, quando Esdras tuvo por conveniente hacer la variación total de caracteres escribiendo la Ley divina con los de los Caldeos, usando constantemente de éstos, de modo que, aunque la lengua hebrea articulada ó de viva voz era inteligible á los judíos que quedaron en Samaría, Jerusalén y sus contornos, la misma lengua escrita era para éstos un misterio que no podían entender, porque hay tanta diferencia de la escritura y caracteres primitivos hebreos ó samaritanos á la de los caldeos, como la que se halla entre estas dos letras  $\Phi$   $\varphi$ , que son la Alef, primera letra de los dos alfabetos.

Esta sola diferencia y su observación aplicadas á una moneda ó inscripción hecha en dialecto hebreo con letras caldeas demuestra con evidencia dos cosas dignas de atención: primera, que no se cuñó ni escribió antes de la captividad de Babilonia, porque entonces los Hebreos no usaban, ni aun conocían, las letras de los Caldeos; segunda, que las que se hallen anteriores á este tiempo llevan consigo en los caracteres samaritanos el sello de que se hicieron en la época que duró desde Salomón hasta la destrucción de su templo.

Para ofrecer una idea clara y completa de las variaciones que ha padecido en la totalidad de sus letras el alfabeto de los Griegos desde que las recibieron de Cadmo hasta hoy, sería preciso, partiéndonos de aquel punto, discurrir de siglo en siglo y de región en región, desde Oriente á Poniente, notando en las monedas, inscripciones y monumentos que se encontrarían la distinción y diferencia (*sic*) de sus variaciones; pero como ni esto es necesario para el desempeño del argumento, ni las circunstancias nos lo permiten, diremos lo preciso para venir en su conocimiento.

He aquí de una mirada las variaciones que ha sufrido esta sola letra *A* desde que la conocieron los griegos hasta el siglo v de Jesucristo, á saber: estas siete  $\chi$   $\Lambda$   $\alpha$   $\varphi$   $\Lambda$   $\div$ . Advirtiéndolo que la última figura, que es una cruz como se vee, la usaron también los antiguos por una cifra de la preposición  $\text{Κατά}$ , y esto solamente en composición; de lo que hallamos exemplar en las



columnas farnesianas, en donde se halla escrito de esta suerte  $\text{---}\Theta\text{ONION}$ , por  $\text{Κατα νιον Θο}$ , de los Manes. Siendo digno de notarse que en esta palabra sola, además de la cifra mui particular y rara que contiene, se advierten dos señales que indican su antigüedad y época, al poco más ó menos, á saber: una, la falta de acento agudo en la penúltima sylaba, y la otra, la  $\sigma$  micron por la  $\Omega$  mega en la última; pues de estos dos defectos se demuestra, ó que la inscripción se puso antes que se conociera la  $\Omega$  cuyo nacimiento fijan algunos en la época de la guerra de Troya y otros de la del Peloponeso, ó da á conocer la ignorancia del escultor ó el descuido de los que dirigieron la obra, lo que no parece probable en un monumento público; noticia que además de la luz que presta para venir en conocimiento de la época en que se esculpió, cuñó, gravó el monumento en que se halla, lleva consigo el de la significación de la palabra que la contiene. Y si no se conocen, no digo la lengua y las partes de la oración con sus accidentes, sino las variaciones que ha padecido en estos y cada uno de sus primeros elementos, ¿cómo se podrá conocer lo que la inscripción contiene?

## ARTÍCULO II

**¿Qué cosas son prosodias?: su origen y su división. Qué se entiende por puntos diacríticos y vocales en las lenguas que las conservan; cuáles sean éstas, y qué utilidad nos proporcionaron los inventores de éstos y de aquéllas con su establecimiento en la escritura.**

Esta palabra prosodia, de que los gramáticos latinos han usado en singular, unos para significar una parte de la gramática, otros las reglas respectivas al nombre, uso y figura del acento, pero que todos, ó los más, miran con desdén ó desprecio, tuvo su origen entre los Griegos antiguos en el número plural, que las establecieron como cosa de más importancia que la que aparece. Las prosodias  $\acute{\alpha}\pi\rho\omega\tau\alpha\delta\acute{\iota}\alpha\iota$ , nombre colectivo, que según su etimología significa *para la canción*, fueron las diez figuras que inventaron para facilitar la inteligencia de la escritura (que hasta

entonces constaba de letras solamente), y proporcionar á los discípulos que frecuentaban las aulas un medio preparatorio en su estudio particular para entender después con mayor claridad, provecho y adelantamiento las lecciones de sus maestros; pues como los libros de Homero (que eran por lo regular el testo y código de su instrucción en la literatura, filosofía, moral y costumbres) eran para los mismos Griegos, que no los habían oído explicar, tan incomprensibles como una lengua extranjera, exigían este auxilio de las prosodias como un medio necesario. Estas, que en su número total fueron y son diez, diferentes en su figura y funciones, las reducían á quatro clases, á saber: primera, en tres tonos; segunda, en dos tiempos; tercera, en dos espíritus, y cuarta, en tres pasiones. Con la primera marcaban el tono de la syllaba de una voz que la determinaba á significar una sola cosa en individuo, y distinguían con estas tres figuras  $\backslash$   $/$   $\wedge$  que llamaban: á la primera, tono grave; á la segunda, tono agudo; á la tercera, tono circunflexo; mas, según el lugar que ocupaban en la voz, tenían otro nombre particular, y llamaban á la primera, βαρύτονος, barytono; á la segunda, ὀξύτονος, oxitono, παραξύτονος, ἢ προπαραξύτονος, paroxitono ó proparoxitono, y al tercero, περισπόμενος ἢ προπερισπόμενος, perispomeno ó propeispomeno, denotando con ellos su cualidad. Con la segunda clase de prosodias significaban la cantidad, que era el tiempo ó duración de una syllaba, por la que nosotros la llamamos larga ó breve; prosodia que determinaba un nombre á significar su cierto objeto, según el caso en que se hallase, en ésta ó en la otra relación con otro, así como si era un verbo le determinaba, no sólo á significar una cierta acción, sino con tal modo, con tal tiempo, etc. Con la tercera, que tenía estas dos figuras  $I$   $E$  y hacía las veces de dos letras consonantes guturales (que no admitieron los Griegos, contentos con la única que tenían), determinaban la palabra á su especie: y con la quarta daban á las palabras el orden correspondiente y necesario para inteligencia del período.

Esta nueva perfección que no admiramos vastante, porque la conocimos temprano, ó así que abrimos los ojos á la instruc-

ción (como sucede al común de los hombres idiotas, sin educación, que miran con frescura ó frialdad la grande hermosura de los cielos, que nos predicán día y noche la existencia y majestad infinitamente poderosa y sabia de Dios), tuvo su origen en las diez y siete notas de la música antiquísima de los Lydios, observadas por el autor de las prosodias, aplicando á su propósito las diez que tuvo por convenientes.

Bien sabido es que, de tiempo inmemorial, la primera educación que los Griegos daban á sus hijos, era sobre la música, Gymnástica y rudimentos de pintura, para inspirarles desde la niñez, con aquélla, el buen gusto del oído y delicadas sensaciones que causa la voz en el corazón; con la otra, el amor al trabajo, indispensable en las artes mecánicas ó liberales, en las fatigas de la guerra y demás ejercicios del cuerpo, así como con la tercera habituarles el pulso y vista á delinear y entresacar de los objetos de la naturaleza y arte los rasgos y relaciones que expresan los encantos de lo bello. Aristofanes, pues, como diestro en esta parte y gran filósofo, dedicado á la enseñanza de los jóvenes en la literatura, y notando la grande dificultad que tenían sus discípulos en retener lo que aprendían á fuerza de oírle repetir (y muchas veces) la articulación particular de cada espíritu, de cada tono, de cada tiempo, de cada pausa y demás prosodias, de las vocales de las palabras de por sí y ordenadas en período, halló el medio ventajoso de ahorrar para sí mucho trabajo y de proporcionar al mismo tiempo á sus discípulos el de estudiar por sí solos en casa sus lecciones, con el sistema de prosodias, tomando de las notas musicales las que tuvo por convenientes; de suerte que, así como los músicos compositores escriben la canturia, aire, modo, etc., v. g., de un hymno, según eligen, en tono mayor ó menor sobre una pauta con su clave y notas de varias figuras, etc., y otro músico cualquiera, cantor ó tañedor diestro, en qualquier lugar y tiempo, en cuanto tiende la vista sobre el papel y se hace cargo de la clave, compás, etc., principia á cantar ó tañer con su instrumento el hymno, con el mismo aire, tono y modos con que tañería ó cantaríá el maestro que la compuso y escribió, de la misma suerte Aristofanes, con su systema de pro-


sodias, no sólo se ganó para sí un provecho y facilitó á sus discípulos el del adelantamiento, sino que dejó á la posteridad un medio seguro de entender con el tono, duración de cada syllaba y más prosodias el significado de cada palabra y el concepto que contiene cada frase y cada período.

Si yo hablara con quien no me entendiera pasaría en silencio y me abstendría de unas menudencias que nada parece que sirven, sino para perder el tiempo; mas, puesto en la precisión de continuar mi propósito, veré á ver si puedo, hasta concluir, ceñirme á exponer solamente lo relativo á dos de las diez prosodias que hacen más al argumento, á saber: del espíritu y del acento.

Estas dos figuras > < que se hallan escritas sobre vocales en principio de dicción, y sobre la consonante é en principio y aun en medio cuando se duplica, se llaman espíritus; la primera, suave; y la segunda, fuerte; ambas atendido su origen tienen la potestad de dos letras consonantes que conserban las lenguas madres hebrea, siriaca, caldea y arábica; mas en la viva voz de los Griegos se han perdido, por lo que en su ortología ó buena pronunciación no tienen uso; sin embargo, la Ortografía conserva sus figuras como elementos de la palabra escrita, ya para distinguir unas voces de otras semejantes en las letras, ya para indicar su etimología, y ya para la eufonía, que resulta de la única potestad que ha quedado al espíritu fuerte, qual es la de mudar las tenues en sus aspiradas siempre que inmediatamente le preceden, como, v. g., en estas dos voces νόχθ' ἔλγν, la primera se escribe νόχτχ, pero antes de espíritu fuerte, como se ve.

Mas el uso que de los espíritus hacían los Griegos en la viva voz puede compararse (si no es el mismo) con el que los Españoles extremeños hacen de la letra *h* en estas palabras: hacha, higo, higuera, pronunciándola con energía que suena *jacha, jigo, jiguera*.

La voz acento, cuias funciones significan con propiedad los gramáticos hebreos con esta palabra כִּתְּבָה, que significa freno, porque modera la voz del que habla ó lee, donde y quando conviene, es el tercer elemento simple de la palabra escrita, indispensable para constituirla en determinada especie de la parte de la oración.


Sea cual fuere la persona, lugar y tiempo de la invención de este elemento, nada ó mui poco nos importa; lo que es preciso suponer como cierto ó mui probable es que su uso, enseñado constantemente por la tradición, así como el de las letras vocales en las lenguas primitivas, existió desde que existió el prodigioso artificio de pintar el pensamiento. Mas como las letras que componen la palabra escrita no pueden por sí solas comunicar la idea del tono de la voz articulada, y sin el conocimiento del tono no puede formar la del objeto significado por la voz, de aquí nace la necesidad de añadir este elemento con la escritura, tan preciso como en la música son las notas  semiminima, corchea y semicorchea para marcar la duración y el grado de la elevación del tono. Por ejemplo, estas palabras españolas número, cantara, marcara, escritas sin acento, carecen del carácter que las determine á la especie de nombre, verbo y tiempo; no le tendrán hasta que le reciban del acento respectivo en la última, penúltima ó antepenúltima syllaba, por el que únicamente conocerá el gramático qué partes son de la oración. Lo mismo tenemos, sin hablar de otras lenguas, en la griega, cuyo sistema en esta parte es tanto más digno de atención cuanto mayor es el número de palabras que se distinguen solamente por el tono, y cuya variación de lugar, en muchas, varía la significación, de modo que signifique un elogio ó un insulto, un honor ó un desprecio, y aún un dogma de la religión ó un disparate solemne; por exemplo, esta palabra λατρός, con el acento en su penúltima syllaba, puede acomodarse en elogio digno de un príncipe benéfico; pues que á la letra significa *el que alimenta al pueblo*; mas sólo con la variación de tono, y escribir ó pronunciar el acento en la antepenúltima λάτρός se escribe ó pronuncia un epíteto poco decoroso, que se puede acomodar á un pordiosero, pues significa *el que es alimentado por el pueblo*; y bien sabido es cuánto ruido causó en el Concilio general ephesino la palabra Θεστόχο, que con acento en la penúltima significa *la Madre de Dios*, y con el acento en la antepenúltima, Θεότοχο, significaría en rigor *la que fué parida por Dios*. Siendo pues el acento una figura inventada para representar la idea de la arti-


culación respectiva de los órganos, se deja conocer la importancia de este elemento de la palabra con sus accidentes, de que por ahora nos abstendremos, y decimos sólo que la potestad común á los tres acentos, que podemos considerar como su principal función, consiste en fijar la elevación ó la depresión de tono en la syllaba que la tiene; pero como el modo peculiar con que cada uno producía este efecto se ha perdido, de aquí es que su uso en la Ortología, ó tratado de leer perfectamente, está reducido á sostener el tono de la antepenúltima ó penúltima vocal sobre que se halla, y á elevarle en la última del período, sea cual fuere de los tres; de modo que en estas tres voces, v. g., Ἀνθρωπος, λόγος, καρπος, se pronuncie *antropos*, *logos*, *carpos*.

Mas para la completa noción del acento y sus efectos, conviene saber que, así como los Masoretas añadieron á las veinte y dos letras consonantes de que consta su alfabeto quarenta y quatro puntos de figuras diferentes, catorce con el nombre de vocales, veinte y siete con el de acentos, y otros tres con otros nombres para transmitir á la posteridad la inteligencia de la escritura y de la canción ó música de sus sinagogas; del mismo modo y con el mismo objeto los gramáticos de Alejandría, según el Placentino en su paleografía, adoptaron de las notas que usaban los músicos de la Lydia para significar las modulaciones y tonos de voz, un cierto número proporcionado á su intento; pero aunque lograron por este medio fijar para siempre en los escritos el significado propio de la voz, no sucedió ni pudo suceder lo mismo con respecto á la calidad del tono, en razón del crecido número de notas que se necesitan para este efecto, y el escaso de tres solas que adoptaron para no confundir su escritura con una multitud de figuras, como lo hizo muchos siglos después la escrupulosidad de los Rabinos con sus veinte y siete acentos.

De aquí resultó con precisión el haberse perdido la calidad técnica del acento circunflexo, tanto en los Griegos como en los Latinos y demás idiomas que siguieron á aquéllos; pues aunque unos y otros usan todavía de su figura para indicar la cantidad

del tiempo de la sílaba en unas ocasiones, en otras para completarla (suplemento que hacen los Hebreos frecuentemente con su  $\text{כִּתְּוָה}$ ), y otras, en fin, para indicar algún accidente de la palabra que la tiene, el resultado ha sido que la cualidad ó potestad tónica peculiar del acento circunflexo no parece; y en el uso se confunde, ó es una misma que la del agudo, cuyo oficio peculiar era y es sostener el tono en la canción de los Poetas y apoyarle con cierta elevación en el recitado de los Oradores: función á que se da esclusivamente el nombre de verdadero acento, en rigor de la palabra; pues que el llamado acento grave, analizado su uso y sus funciones, aunque es una verdadera prosodia que sirve para el canto, es con respeto diferente; toda su potestad y uso consiste en fixar la tónica fundamental, como hablan los músicos, señalando la cuerda del tono: oficio propio de lo que estos llaman clave ó llave de la canción, con la sola diferencia que ésta se escribe al principio de la pauta, y el acento grave en el fin ó última syllaba de la voz, que no tenga agudo ni circunflexo; de suerte que el grave se pone escrito en todas las syllabas que no tienen alguno de los otros dos, y se escribe, en efecto, solamente en la última de la voz; por cuya razón le llaman acento syllábico los filósofos. Para hacer más perceptible esta materia, algo más importante que lo que parece, nos servirán de exemplo unos versos de Anacreonte en el que presentando la potestad de los acentos, comparada con el valor y uso de las notas musicales, se demostrará el verdadero valor de aquéllos; pues no es fácil formarse una idea exacta de lo que es acento, ni conocer su uso, su potestad, ni la fuerza de su significación, si no se tiene la de las notas de la música de donde nacieron:

1.ª   
 Θέλω λέγειν Ἀτρείδας

2.ª   
 Θελῶ λεγειν Ἀτρείδας

Si observamos este exemplo con atención, hallaremos que las mismas nociones de tonos y modos que la pauta con sus líneas horizontales y verticales, clave y demás notas de figura diferente,

despierta en la imaginación del músico; las mismas numero reproduce Anacreonte en la del Filólogo inteligente, con sus acentos sobre las vocales largas y breves; pues lo mismo da á entender á éste el acento agudo en la primera syllaba de la palabra  $\theta\acute{\epsilon}\lambda\omega$ , que á aquél la nota  $\overset{\cdot}{\text{♩}}$  en la tercera raya de *si*; y lo mismo el acento grave que se entiende en la  $\omega$  siguiente que la nota  $\underset{\cdot}{\text{♩}}$  en la línea de la clave *sol*. La nota  $\overset{\cdot}{\text{♩}}$  por su localidad, expresa una elevación de tono (tercera mayor) sobre la siguiente  $\underset{\cdot}{\text{♩}}$  que está en la raia de la clave, y por su figura, una mitad de tiempo menos; así como el acento agudo, por su localidad sobre la vocal penúltima  $\epsilon$ , expresa la calidad solamente del tono, es decir, la elevación de la voz sobre el grave, que se supone en la  $\omega$  siguiente, dejando á la vocal  $\epsilon$  que le tiene, el representar con su figura la cantidad que la conviene: á saber, una mitad menos que la  $\omega$  siguiente.

Estas prosodias producen en la oda otros dos efectos más: uno peculiar, qual es determinar cada palabra á su especie; y otro análogo á la música, qual es marcar los pies de que consta cada verso, como aquélla marca los compases de cada parte de la canción. Concluamos este punto de teoría comparando los dos modos de significar siquiera en el primer verso. Sólo con tender el músico la vista sobre el papel conocerá una canción, en maior de *sol*  $\overset{\cdot}{\text{♩}}$ , compás de  $\frac{3}{8}$  medida justa de tres partes de tiempo en cada uno, el quanto y qual de elevación de tono que ha de dar respetivo á cada nota; y sin necesidad de más accidentes manifestará con el instrumento ó con la viva voz las mismas ideas de tonos y modos que se propuso el compositor. A este modo el lector griego en esta oda reconocerá al primer golpe de vista tres palabras en cada verso, cada una con su respectivo acento, tres pies y medio de igual medida, como si digéramos, tres compases enteros con una, ó dos terceras partes de otro, que suple ó completa con su respectiva nota de silencio.

Ahora bien, suponiendo en el systema: primero, que el acento grave fixa la tónica fundamental ó la cuerda del tono, lo mismo que la clave para el músico; segundo, que la calidad tónica del



circunflexo se ha perdido sin dejarnos el menor vestigio de si la tercera mayor ó menor, quinta bemol ó sostenido, tritono ó arpegiatura, por cuiá razón se acomoda la calidad tónica del agudo á la syllaba larga que tiene el circunflexo, y si no le tiene, se la considera como en la clave y tono del acento grave; el lector (en la suposición), digo, principiará sin detenerse á pronunciar un recitado armonioso con las cadencias que depositó en su oda Anacreonte por los acentos. Pero lo más digno de particular atención es que solamente leyendo de este modo manifestará á los oientes el sentido verdadero que contiene en la propiedad de las voces: por que si en lugar de pronunciar  $\theta\acute{\epsilon}\lambda\omega$ , conforme exige la calidad de tono, se atiene á la cantidad de las syllabas y pronuncia como está escrito en la segunda pauta  $\theta\acute{\epsilon}\lambda\omega\ \lambda\epsilon\gamma\epsilon\acute{\iota}\nu$ , además del barbarismo que comete en la pronunciación contra regla, no sólo destruye los dos primeros pies del verso, sino que hace desaparecer la razón de tiempo, determinado únicamente por el tono en las palabras  $\theta\acute{\epsilon}\lambda\omega\ \lambda\acute{\epsilon}\gamma\epsilon\acute{\iota}\nu$ , las cuales, siendo la primera presente de indicativo de activa, y la segunda, presente de infinitivo de la misma voz, sólo con mudar los respectivos tonos y leer  $\theta\epsilon\lambda\omega\ \lambda\epsilon\gamma\epsilon\acute{\iota}\nu$  pierden su carácter propio de tiempo, y reciben la primera el de futuro segundo de indicativo, y la segunda, el de futuro segundo ó áuristo segundo de infinitivo activo; y ya se ve la notable diferencia que hay entre  $\theta\acute{\epsilon}\lambda\omega\ \lambda\acute{\epsilon}\gamma\epsilon\acute{\iota}\nu$  quiero cantar y  $\theta\epsilon\lambda\omega\ \lambda\epsilon\gamma\epsilon\acute{\iota}\nu$  querré haber cantado. Lo mismo puede observarse en otros mil pasajes y ocasiones.

Este es el sistema de prosodias y acentuación, sobre cuió origen y ventajas han filosofado tan poco los gramáticos, especialmente Griegos, que, por el contrario, no parece sino que se han empeñado en su destrucción, enseñando á leer y pronunciar atendida solamente la razón del cuánto tiempo ó cantidad de la syllaba, sin hacer caso de la calidad del tono, que es carácter elemental de la palabra escrita ó pronunciada, tan necesario para conocerla en determinada especie como lo es á la moneda [p. 47].

Los Árabes nos escusan hablar mucho de las prosodias, por que no tienen espíritus, ni pasiones, ni aun figura que marque

la qualidad del tono, pero espresa la enérgia de los dos espíritus de los Griegos con sus consonantes guturales, de las que parece que hicieron una especie de ostentación, añadiendo á su numeroso alfabeto otras dos letras guturales sobre las quatro que tenían y tienen los Hebreos, á no ser que digamos conjeturando, que añadieron las dos letras consonantes  $\text{خ}$  y  $\text{ح}$  para suplir las veces de los espíritus de aquéllos.

Mas los hebreos nos ofrecen un campo más dilatado de prosodias en este punto que los mismos Griegos, sus inventores; pues aunque los Masoretas se propusieron un mismo fin con las prosodias, no fueron tan económicos y precisos en la elección de los medios como los Griegos; éstos, como ya dijimos, de las diez y siete notas de la música de los Lydios adoptaron solamente tres; aquéllos pusieron en su sistema un sinnúmero de acentos; los Griegos á las cinco vocales que recibieron de Cadmo, dos breves y tres indiferentes, añadieron las dos largas  $\text{H}$  y  $\text{Q}$  para marcar el doble tiempo; mas los Hebreos, que en su escritura no conocían vocales largas ni breves, pusieron catorce con los nombres de largas, breves y brevísimas, significadas por sus puntos respectivos diferentes. Si buscamos la causa, ó el porqué los Hebreos en sus prosodias admitieron tantos puntos y los Griegos se contentaron con tan pocos, hallaremos que, aunque el *finis operis* (como se esplican en la escuela) era uno mismo en los dos sistemas, á saber: fixar el significado de la palabra y la inteligencia del período; en el de los Hebreos, el *finis operis* tuvo otro respeto ulterior, á saber: el señalar en su escritura la música y modos diferentes de cantar en sus sinagogas. Particularidad que suele desanimar á los principiantes en este estudio, quando observan cada palabra cargada de muchos puntos sobre y debajo cada una de sus consonantes, y que cada uno tiene su distinta figura, distinto uso, nombre y función diferente; mas toda esta dificultad desaparece con dos palabras del maestro, que le señalará con el dedo los acentos de que deben desentenderse, como peculiares á los infelices Judíos para aprender á cantar en las sinagogas los Salmos, etc., y los en que deben fixar toda su atención, que son unos quantos solamente, á saber: un

Emperador, y unos reyes y ministros con sus peculiares jurisdicciones, en que manda cada uno como gefe á sus subalternos.

Aquí está el gran misterio que encierra el sistema de los Masoretas para conservar la inteligencia verdadera del testo original hebreo; misterio sellado para los Rabinos, que no le entienden, porque no le estudian, o porque no quieren; y lo que es tanto ó más lastimoso, misterio abominado de algunos teólogos católicos que *quaecunque ignorant blasphemant*, y que eligen *de turbido magis, quam de limpidissimo fonte potare*, según la frase de San Jerónimo. Pero ya es tiempo de que veamos esta verdad como de vulto, y concretar á esta doctrina, entre mil pasages que pudiéramos presentar, dos solos que elegimos para no ser molestos: el uno, para demostrar en una sola palabra la utilidad, grandes ventajas y gran servicio que nos proporcionaron los Masoretas con sus puntos, determinándola con ellos á significar un solo objeto en especie é individuo; y el otro, para hacer ver en una sentencia por el mismo medio cuál es el sentido gramatical, genuino y verdadero, que contiene. La palabra que ofrecemos del primer ejemplo es la que se halla en el capítulo 47, versículo 35 del *Génesis*, כַּמָּרָה palabra que ha dado tanto que hacer á muchos intérpretes, porque hallándose traducida por los 70. τῆς πάλλης, y de aquí al latín *virge*, de la vara, y en la Vulgata, *lecti*, de la cama, cada uno opina á su modo sobre qual será en este lugar el significado legítimo de la voz; pues unos, siguiendo la lección de los 70, traducen la frase *et inclinavit se super extremitatem virgae*; y otros, siguiendo la versión de San Jerónimo, y *se encorvó ó postró sobre la almoadá ó cabecera de la cama*, ¿quién, pues, será en esta causa el Juez legítimo y competente? En primer lugar respondemos: que nuestra Santa Madre la Iglesia, regida por el Espíritu Santo y por el Vicario de Jesucristo en la tierra, es el legítimo Juez. Mas, en segundo, mientras calla este infalible maestro, y suponiendo el principio reconocido por los filósofos, *quodlibet est vel non est: impossibile est idem simul esse et non esse*, decimos, primero, que la palabra en cuestión significa en este lugar una cosa sola en especie é individuo, no qualquiera de las dos, y mucho menos las dos cosas al mismo

tiempo, sino que según la intensión del escritor, y lo exige la narración del hecho, significa, ó la cama ó la vara precisamente. En segundo lugar afirmamos, sin temor de errar, que el Juez que debe sentenciar la disputa entre los Teólogos es el testo original hebreo puntuado como se halla; y de aquí se concluye que la lección de la Vulgata es la verdadera, como enteramente conforme á aquél, no la de los 70 intérpretes.

He aquí la razón del aserto por que los Masoretas con su sistema de puntos vocales determinaron con ellos esta voz **מטה**, que con las consonantes solas era indiferente á significar la cama ó la vara, como esta palabra castellana *cm.* sin vocales lo es para significar *cama*, *coma*, *comí*, *cómo* la determinaron, digo, á significar, la cama, el lecho, sola y precisamente; procediendo en este particular conformes á la tradición conservada de boca en boca de los Maestros de la Ley, desde el primer Moisés hasta ellos. La verdad y peso de esta sola razón se conocerá sólo con observar que San Jerónimo, autor de la versión del testo hebreo al latín, aprendió la legítima lectura de aquél, sin puntos, de la boca de aquellos célebres maestros que moraban sobre el Tiberiades en su tiempo. Tradición que llegó pura hasta los Masoretas que la estamparon con sus puntos en el Testo, sin embargo de que conocerían la versión de los 70, y la que había hecho al latín el P. San Jerónimo más de dos siglos antes que existieran ellos. Por otra parte, la sencilla narración del hecho quando estaba el Patriarca Jacob en la cama débil, y á tiempo de espirar (como efectivamente espiró de allí á poco), y el verbo **השתחוה** de que usó el sagrado historiador para significar la acción de adorar, denotan la especie de adoración y la cosa sobre que la practicó; y no dan lugar á entender que Jacob se postró ó adoró sobre la extremidad de la vara, por dos razones: primera, porque repugna á la significación propia del verbo; y segunda, porque en este caso, presindiendo de la dificultad que ofrece en un anciano moribundo la acción de adorar sobre la extremidad de una vara, de la que no se había hecho mención, Moisés hubiera usado del verbo **קרה**, que significa adorar con la cabeza inclinada, y no del que usó, que significa postrarse con todo el cuerpo

á la larga sobre una cosa, sea cama ó sea el suelo; fuera de que San Jerónimo ¿no tendría á la vista y sabría la traducción griega de los 70 intérpretes? ¿Pues cómo no la siguió? Ya está demostrado el por qué no. Sólo resta decir una palabra sobre los 70, á saber: ¿cómo ó por qué traducirían éstos en su versión ἐπὶ τῷ ἄκρον τῆς ῥάβδου, esto es, adoró *sobre la estremidad de la vara*, contra la traducción constante de los Maestros de la Ley? No parece probable que fuese esta la primitiva traducción que se hizo por aquéllos en tiempo del célebre Tolomeo, por las razones espuestas; lo que sí es creíble, como cosa muy fácil de suceder, es, que el copiante ó amanuense escribiese en este lugar ῥάβδου que en genitivo, con su artículo, significa *de la vara ó del báculo*, en lugar de κρᾶβάτου, que significa *de la cama*, llevado de la semejanza de las dos voces por las radicales mismas que contienen, como se deja ver, ῥάβδου, κρᾶβάτου.

El segundo exemplo en que se demuestra la importancia del sistema filosófico de puntuación inventado por los Masoretas y aplicado al testo original, para fixar el sentido gramatical de una sentencia ó período, le tomamos del capítulo 49, versículo 10, del *Génesis*, en donde se halla escrito de esta suerte, לֹא יִסְדֹּךָ

שֵׁבֶת מִיְהוּדָה וּבְחֶקֶק מִבֶּן רַגְלוֹ עַד כִּי־יִבֹא שִׁילֹחַ

Si consideramos este período según se halla, y como se halló desde el tiempo de Moysés hasta el siglo v de la Era cristiana, sin puntos vocales, y tratamos de manifestar que le entendemos dando en prueba su traducción á otro idioma, á pocas preguntas que nos haga un inteligente en la materia, debemos confesar, ó que tenemos una idea mui obscura y confusa del sentido que nos ofrece su escritura, en lugar de la clara y distinta que exige la verdadera inteligencia, ó manifestar francamente una ignorancia temeraria que se atreve y nos precipita á explicar lo que no entendemos, según el íntimo testimonio de nuestra propia conciencia. La razón es tan clara como sencilla, porque siendo todas y cada una de las palabras que constituyen la sentencia unos signos arbitrarios que representan las ideas respectivas á cada una, es claro que no pueden producir el efecto de significar si no se hallan todas determinadas por el signo de conve-

nio, cual es la letra vocal unida á la consonante conveniente á cada sílaba. Contando, pues, que el período de que se trata y las palabras que le componen (como está á la vista), no tienen vocales que determinen á la sílaba, ni á la palabra escrita á significar, y, por otra parte, no tenemos ni existe la tradición de viva voz que suplía sus veces y que enseñaba la pronunciación é inteligencia de cada una, se infiere con evidencia que los puntos vocales inventados y acomodados por los Masoretas al testo original, son tan necesarios y precisos para su inteligencia como lo es la luz natural ó artificial para distinguir los objetos con la vista; de suerte, que sin los puntos vocales ó sin la tradición viva que supla sus veces, la escritura del original está y es tan obscura y confusa para significar su contenido, como están y son los árboles, plantas y flores de un hermoso jardín para un profesor de botánica que le quiere examinar en una noche obscura. Véamoslo con un exemplo en Español, que lo demuestra, y sírvanos la traducción de la misma sentencia. *N fltr l ctr d l cs d Id n lgsldr d ntr ss ps lst q vngl Mss.* ¿Qué quiere decir esta escritura? Preguntémoslo al Español más instruído en el mecanismo de su lengua, y nos responderá, con razón: primero, que él no es un adivino; y segundo, que esta escritura, aunque contenga ó pueda contener la mente del escritor, nada significa para el que la lea, porque las palabras no están completas, ni determinadas con las letras vocales indispensables para su inteligencia. Así que estas palabras están *in potencia* (como hablan en la escuela) para significar y no significar; son como un cuerpo sin alma para moverse, ó como una materia sin color para ser vista. Lo mismo, pues, *in terminis* sucede en el exemplo de arriba, el qual, así como toda clase de escrito de semejante forma, más parece que pertenece á la especie de jeroglíficos que á la de escritura. En este pasage (que nos demuestra hasta la evidencia el grande é importantísimo servicio que los Masoretas hicieron á los cristianos católicos y á nuestra Santa Madre la Iglesia con la invención del systema de puntuación, y su aplicación de los puntos vocales al texto, perpetuando con ellos la inteligencia literal de cada palabra considerada de por sí y fixan-

do su propio significado), se deja ver también con admiración otro efecto que producen los acentos gramáticos como llaman, que es sellar la inteligencia gramatical del período entero, y la división de cada inciso de los que le componen como partes integrantes. Pues aunque las letras vocales ó puntos que las representan determinan por lo común la voz escrita á significar propiamente un objeto en individuo, no sucede lo mismo en quanto al período é inteligencia del sentido que contiene, según la mente del que escribe ó del que habla; puesto que con unas mismas numero voces con sus consonantes y vocales, y aun con sus acentos tónicos, puede quedar obscuro y confuso, y aun significar cosas distintas ó contrarias, como de hecho sucede y sucederá siempre que falten las notas de ortografía que los Masoretas suplieron con sus acentos gramáticos. Esto se conocerá, observando lo que sucede en esta sentencia (respuesta que se cuenta de un oráculo de la gentilidad): *ibis redibis at non morieris in bello*; sentencia que sin la coma que determine al miembro, por su localidad, queda obscura, y puede significar cosas no solamente distintas, sino contrarias, como se vee (prescindiendo de la construcción de la palabra) poniendo la coma después de la voz *redibis*, ó despues de la voz *non*.

Los Masoretas, pues, para desterrar la obscuridad del texto y fixar la claridad y distinción en cada inciso, en cada sentencia y en cada período, hallaron el medio luminoso de los acentos, que distinguieron con los nombres de Emperadores, Reyes y Ministros, para marcar la jurisdicción más ó menos principal de cada uno, y con ella el sentido del todo por el de las partes enlazadas; de suerte, que así como un Imperio, Reyno, Provincia y Corregimiento, tienen sus mojoneras ó límites conocidos, que marcan el punto hasta dónde llega la jurisdicción y autoridad propia de cada Emperador, Rey, Intendente, Corregidor y Alcalde, del mismo modo los Masoretas, con quatro de sus acentos principales y otros quantos subalternos, echaron el sello al inciso, colon imperfecto, perfecto y punto final del período; señalando como con el dedo la jurisdicción de cada uno, y por ella el sentido literal y conocimiento claro del pensamiento que el escritor estampó en

el escrito, vémoslo en este pasaje **לֹא-יָסוּר שִׁבְטוֹ מִיְהוּדָה וּבְיַחֲזֵק** **כִּי-יָבֹא שִׁילֵהּ**. En este período que contiene una parte de la bendición de Jacob á Judá, su cuarto hijo, y con ella la profecía, con la que señaló el tiempo de la venida del Mesías prometido al mundo, se halla tan claro, preciso y determinado el cumplimiento del vaticinio por los acentos, como sin ellos obscuro, vago y confuso; por ellos se distinguen tres incisos marcados con el signo de la jurisdicción respectiva á cada uno: el primero (que termina en la palabra quinta **מִיְהוּדָה** con su acento rey **—** : *Zakepkaton* precedido de sus tres ministros, á saber: dos *Kadmas* <sup>2</sup> y un *merca* simple ; ) explica este concepto absoluto solamente: *no faltará el cetro de Judá*; el segundo, que contiene las tres palabras **כִּי-יָבֹא שִׁילֵהּ** **וּבְיַחֲזֵק** con el acento Achnach rey **—** : en la tercera **וּבְיַחֲזֵק**, precedido de su ministro Manach **—** añade la prerrogativa que tendrá el legislador su descendiente, á saber: grabar ó sellar moneda, formar decretos, etc., por la palabra **וּבְיַחֲזֵק**; y el tercero, que abraza las quatro palabras restantes **כִּי-יָבֹא שִׁילֵהּ** **עַד**, se halla en nueva y distinta jurisdicción, que principia en la palabra **עַד** con su comitiva correspondiente (hasta concluir el verso con otro inciso que lo termina en su emperador siluk **—**) marca y determina el tiempo en que faltará el cetro, y el legislador con su autoridad por estas palabras *hasta que venga* **כִּי-יָבֹא שִׁילֵהּ**, por cuiá voz, en la opinión constante y común de cristianos y rabinos, se entiende el Mesías prometido. En donde se ve que teniendo el período tres incisos sellados con sus jurisdicciones distintas, solo y precisamente por los acentos masoréticos se demuestra y concluye: primero, que ninguna palabra de cada uno de los incisos puede pertenecer á otro, y, de consiguiente, que la traducción literal del texto, que dice, conforme con la *Vulgata* (primer inciso) *no faltará el cetro de Judá*, (segundo inciso) *Ni legislador entre sus pies*, (tercer inciso) *hasta que venga* **כִּי-יָבֹא שִׁילֵהּ** *el Mesías*, es verdadera y enteramente conforme al texto que nos presentan los Rabinos; y segundo, ¡quánto se engañan éstos! ¡y quán ignorantes de su propia lengua se manifiestan los Doctores de la Sinagoga, cuando lejos de conocer el ma:



cejo de la llave que inventaron sus mayores para habrir el libro sellado, y hallar el verdadero sentido de las palabras de por sí y de la frase completa, traducen de esta suerte: primer inciso, *no faltará el cetro de Judá*; segundo, *ni legislador entre sus pies eternamente*, y tercero: *cuando venga el Mesías*; pues no reparan ni ven que la palabra עד (aunque á veces significa eternamente), aquí no tiene ni puede tener este significado, porque es partícula perteneciente á la jurisdicción del tercer inciso, no á la del segundo, según ellos la traducen, y solamente significa *hasta*, no otra cosa diferente ni distinta. Lo que se demuestra observando que este inciso, que es el tercero del período por construcción gramatical, puede transponerse y ser el primero del período, sin alterar el sentido; como se verá, si colocamos las palabras de la profecía del original de esta suerte, etc., עַד כִּי־יָבֹא שֵׁי לֵוִי, ó las traducimos á cualquier otro idioma; pues lo mismo es decir en latín, v. g., *Non auferetur cetrum de Juda*; segundo, *et dux de femore ejus*; tercero, *donec veniat, qui mittendus est*, que decir: primer inciso, *donec veniat, qui mittendus est*; segundo inciso, *non auferetur cetrum de Juda*; tercero, *et dux de femore ejus*; y lo mismo significa en castellano; primer inciso, *no faltará el cetro de Judá*; segundo, *ni legislador de su estirpe*; tercero, *hasta que venga el Mesías*, que decir: *hasta que venga el Mesías*, primer inciso; segundo, *no faltará el cetro de Judá*; tercero, *ni legislador de su estirpe*, transposición que repugna á la traducción que hacen los Rabinos, como que con ella trastornan y destruyen el verdadero sentido marcado con la jurisdicción del acento — rey puesto en la penúltima sílaba de la palabra רַגְלֵיךָ.

Concluimos el artículo con observar que esta doctrina gramatical, al paso que demuestra hasta la evidencia el importante servicio que hicieron á su posteridad los Masoretas con la invención del sistema de puntos, y su aplicación al texto original, no sólo refuta completamente la opinión de un nuevo Doctor Católico, que en el prólogo de una obra manuscrita dedicada al clero español dice (entre mil cosas que ponen en ridículo al G. P. San Jerónimo y á su estudio) que los Masoretas confun-

dieron y corrompieron la Sagrada Escritura con sus puntos; sino que convence á los Rabinos de su mala fee ó de su mucha ignorancia en su conducta, desarmándolos de su argumento principal, con el que, imitando á los ciegos que venden anteojos contrahechos de larga vista, permanecen en su ciega obstinación, engañan á los infelices Hebreos, y aun se lisongan de que los cristianos viven muy engañados acerca del reconocimiento y adoraciones que prestan á Jesús Nazareno, como al verdadero Mesías prometido; añadiendo con cierta arrogancia que, atendido al texto hebreo (que suelen tener en la mano, confiados en que los Maestros Católicos no le entienden), la profecía de Jacob es una prueba la más clara de su piadosa esperanza y creencia de que el Mesías aun no ha venido.

He aquí su traducción literal y el raciocinio con que se fascinan á sí mismos y tienen fascinado á su desventurado pueblo. La profecía, dicen ellos, quiere decir en castellano: *No faltará el cetro de Judá, ni legislador de su estirpe eternamente, cuando venga el Mesías*, y añaden: es así que la casa de Judá ahora no tiene, ó está sin cetro, ni autoridad, como es patente á todo el mundo; luego es evidente que el Mesías prometido no ha venido; porque, según la letra del texto, concluyen: *cuando venga el Mesías, el cetro estará para siempre jamás en la estirpe de Judá*. Raciocinio desconcertado, hijo de la más crasa ignorancia acerca de la doctrina sana de sus Mayores, y que peca en dos extremos, á saber: uno, confundiendo la segunda venida del Mesías en magestad y gloria á juzgar vivos y muertos con la primera, que hizo hace 1834 años, bestido de nuestra carne en humildad para padecer y morir; y el otro, manifestando que aun no saben leer la escritura de su lengua propia, como queda demostrado.

## ARTÍCULO III

En donde epilogados los precedentes con la aplicación de su contenido á las inscripciones y monedas antiguas, se demuestra con ejemplos la importancia del conocimiento de las lenguas sabias, por el que aquéllas ofrecen á la historia en sus caracteres y escritura.

Si para demostrar este argumento fuera necesaria la prolija y larga serie de las monedas é inscripciones que se conocen de los siglos remotos hasta hoy, sería preciso desistir de la empresa, como superior á las facultades y á la pequeña esfera de unos conocimientos demasiado limitados sobre la materia presente; pero no siendo necesario, ni aun conveniente el pormenor para presentar á la vista una prueba terminante de su influxo en la historia, por los datos que llevan consigo, ya en la escritura, ya variedad de los caracteres, ya en fin en símbolos y figuras, que son otros tantos testigos no solamente de su nacimiento, existencia propia y de los hechos acontecidos en distintos lugares y tiempos, sino también del tiempo y lugar en donde sucedieron, bastará ofrecer unos quantos de cada especie para venir en conocimiento de las demás que se ceñirnos ó que puedan descubrirse en adelante. Así que, sin conocer el rigor cronológico se presenta en primer lugar la copia de una inscripción antiquísima existente en una columna de piedra tosca, sita entre el promontorio Sigeo y el río Scamandro, según el Placentino. En segundo, la de una moneda griega de oro, mui rara, cuñada en una ciudad mui antigua (que ya existe) con caracteres unciales. Tercero, la de una moneda de plata con caracteres caldeos, pero en idioma hebreo. Y quarto, la del modelo de una moneda árabe, de cuius typo conservamos una apuntación para la particular inteligencia á falta de monedas efectivas que nos pudieran decir á qué punto ó parte de la época de los Abderramanes primero, segundo y tercero pertenecían, ó pertenecerán de hecho quantas se hallen semejantes en tamaño, inscripción ó metal.

## INSCRIPCIÓN GRIEGA ANTIGUA

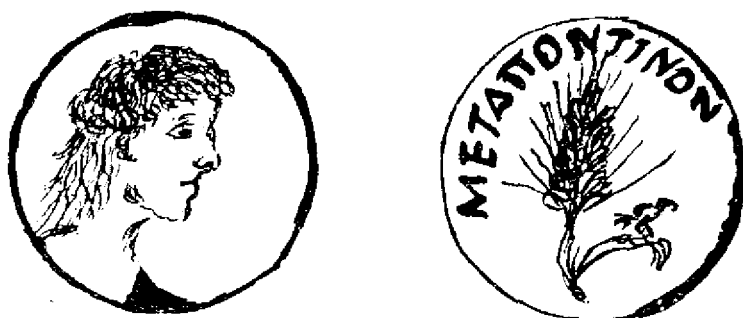
ΘΑΝΟΔΙΚΟ ΕΜΙ ΤΟ ΕΡΜΟ  
 ΖΕΜΟΚΟΡΗ ΟΤ ΖΟΤΑΡΚ  
 ΙΟ ΚΑΡΟ ΚΡΗΤΗΡΑ ΔΕ ΚΑ  
 ΝΡΖΕ ΜΟΜΘΗ ΙΑΚ ΤΖΙΤ  
 ΤΑΝΦΙΟΝ ΕΔΟΚΑ ΜΝΕΜΑ  
 ΖΙΡΕΙΖΙ ΕΑΝ ΔΕ ΤΙ ΡΑΖ + Ο  
 ΜΕΡΕΡΑΙΕΜ ΜΕΜΙΑΔΕΜ  
 ΚΑΙ ΜΕ ΡΟΙΕΖΕΝ ΔΙΖΟ  
 ΙΟΦΑΙΔΑ ΙΑΚ ΖΟΡ

Esta inscripción, por lo que presenta á la vista en sus letras consonantes, por la figura; en las vocales, por el no uso de la Ω omega y de algunos diptongos, así como en la falta de prosodias y, finalmente, en su dialecto jónico y modo de describir ó esculpir, ofrece las siguientes observaciones, que nos conducen, como por la mano, á la inteligencia de su contenido. Primera, las letras, todas unciales, y el dialecto jónico nos acercan á la época de Cadmo, el que, según la opinión común, las llevó á los griegos jónicos; mas al notar que algunas en su figura como la H. Θ. V. ῥ. esto es, H. Θ. Υ. X. son de fecha posterior, aunque mui antigua, nos obligan á retirarnos del punto de antigüedad tan distante para fixar la época de la existencia de la inscripción y consultar para el acierto á los demás datos que nos presenta. Hallamos, pues, también, que sus líneas están escritas principian- do de izquierda á derecha y continuando, viceversa, de derecha á izquierda; mas al considerar que los primeros Griegos que escribieron lo hicieron como su maestro Cadmo Fenicio, principiando de derecha á izquierda, y que después (por la misma razón que tubieron y tienen los Orientes para tirar la primera línea de su escritura de derecha á izquierda, á saber: *potentia expedita et materia disposita operandum est*) los que siguieron á aquella generación practicaron el modo de escribir βεβρόφεδον

more boum arantium, de derecha á izquierda la primera línea, y la segunda de izquierda á derecha; mas principiando por la izquierda (práctica que, según aparece por los efectos, hubo de durar poco tiempo entre ellos) nos veremos precisados, para conciliar estas fechas, á vuscar un término medio y concluir que la inscripción es antiquísima, tal vez la más antigua de quantas se han conocido y se conocen hasta hoy. He aquí lo que contiene:

Soy hijo de Fanódico Hermocrato (palabra que se puede interpretar *fortaleza de Mercurio*) que lo fué de Proconesio, yo puse el crater y la vase para memoria entre los Sigeos: si padeciere algún daño, encargo que tengan cuidado de mí los Sigeos. Me hicieron Esopo y sus hermanos.

Al mirar esta moneda á los crepúsculos de la historia, solamente hallaremos que es ó era de oro, mui rara, cuñada en una

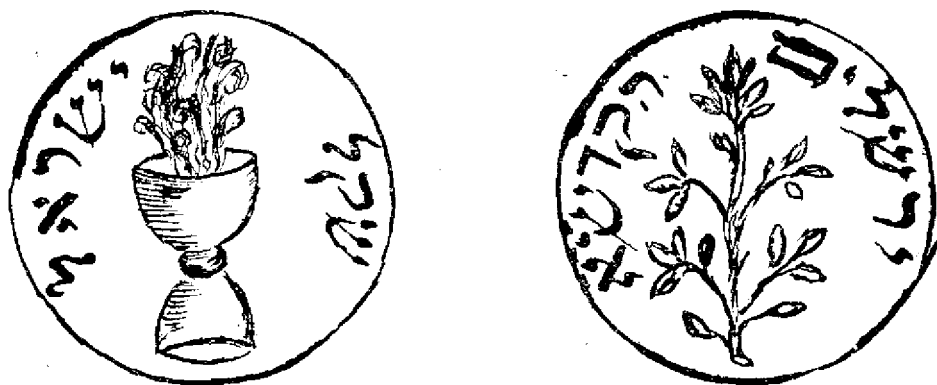


Moneda griega.

ciudad muy antigua situada en la ribera del seno Tarentino, inmediata al río Casucuto, edificada por los Peloponesios y destruída por los Samnitas; y aunque al tender la vista sobre ella se descubre por un lado gravada la cabeza de una muger ceñidas las sienes con girnalda y sin inscripción, y por el otro una espiga muy granada, podremos inferir la fertilidad del país ¿cómo se conocerá sin el auxilio de la lengua griega? ¿Qué es lo que nos dice por esta inscripción **ΜΕΤΑΠΟΝΤΙΝΟΝ**? ¿Y cómo hallaremos, al menos aproximadamente, la época en que se cuñó, si no conocemos sus prosodias, sus caracteres, su forma, y los comparamos con los primitivos de la Edad media y posterior? A las luces de este idioma se ve: primero, que sus letras todas

sus unciales, y que su figura nos lleva á los tiempos fabulosos ó principio de los históricos; segundo, que la figura de la vocal primera *A* es de las que recibieron de Cadmo; tercero, que falta la prosodia en la vocal de la penúltima sílaba, y que en la última tiene una *o* micron por la  $\Omega$  omega, y de estas observaciones concluiremos; primero, que la moneda se cuñó antes que los Griegos conocieran las prosodias de Aristófanes, y, por consiguiente, que es de época anterior á la fecha de las prosodias; segundo, que aun no conocían la  $\Omega$  omega, que nació, según digimos, después de la guerra de Troya, y de aquí se deja ver que la ciudad en donde se cuñó ya existía quando aquélla se destruyó y que se llamaba Metaponto, pues la inscripción es un genitivo de plural del adjetivo *ποντινος* compuesto de la preposición *μετά*, y que significa de los del ponto allá.

En el Monetario de M. Charles Patin existía hacia el año de 1690 una moneda de plata que tenía por un lado, en el centro,

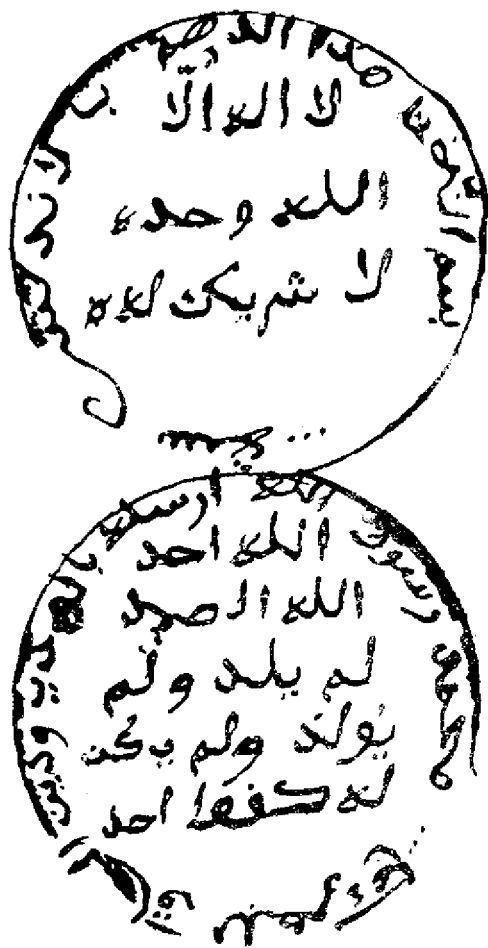


Moneda hebrea.

una vara florida, y en la circunferencia, la inscripción siguiente: *ירושלים קדשה*, y por el otro tenía en el centro una copa ó vaso con peana, y en la circunferencia esta inscripción, *שקל ישראל*; sin el conocimiento simultáneo de las dos lenguas hebrea y caldea, es mui difícil conocer científicamente: ¿Qué especie de moneda es ésta? ¿Qué es lo que representa? ¿Y á qué edad pertenece? Porque llevando las monedas según el orden general sus inscripciones con los caracteres comunes y usados en la nación que las cuña, el que entienda la Caldea sola reconocerá los caracteres peculiares de los Caldeos; pero como el Dialecto de que usa es

hebreo, he aquí nace una dificultad que no podrá vencer sin la inteligencia de la hebrea. Mas, por la vara que tiene en un lado y por el vaso que lleva en el otro, sospechará tal vez que aquélla es símbolo de la vara de Aarón, y ésta, símbolo de la urna que contenía el Maná que estuvo en la Arca Santa de la Alianza; pero esto será un nuevo misterio que le aumentará su dificultad; pues los Caldeos jamás tuvieron en su poder la Arca del Testamento, y aun quando la hubieran tenido, nunca hubieran cuñado una moneda de esta clase y en lengua hebrea; por cuias razones el Lector de la moneda formará quando más una idea muy confusa del contenido, en lugar de la clara y distinta que necesita. Por el contrario, el que conozca las dos lenguas hebrea y caldea conocerá los caracteres y sabrá la variedad que padecieron los primitivos de la hebrea á la vista del pueblo de Dios de la cautividad de Babilonia para Jerusalén, como también que el santo Hesdras presentó los sagrados libros escritos con letras Caldeas, desconocidas á los hebreos que se quedaron en Jerusalén y en sus contornos, los quales, desde el tiempo de Moysés hasta sus días, usaron constantemente de las letras samaritanas, que son de figura mui diversa, y les será mui fácil el conocimiento y explicación científica de la moneda en los extremos que contiene; pues sin detenerse podrá decir con verdad: primero, que esta moneda tiene las dos inscripciones hebreas con caracteres caldeos; segundo, que por un lado dice שקל ישראל, esto es, siclo de Israel, y por el otro ירושלים הקדש, es decir, Jerusalén la Santa; tercero, que está cuñada en la ciudad de Jerusalén; cuarto, que su época debe fixarse en el tiempo que medió entre la vuelta de la cautividad de Babilonia y la dominación de los Romanos sobre los Ysraelitas, no antes de aquélla ni después de ésta; no antes de aquélla, porque entonces los caracteres caldeos eran una abominación para los Ysrealitas; no después de ésta, porque desde la dominación de los Romanos los Judíos no tubieron la acción de sellar moneda; quinto, que en quanto á su valor, siendo de plata, el siclo es aproximadamente el de diez reales vellón españoles; sexto, que la urna y la vara son símbolos sagrados peculiares de la religión que profesaba el

pueblo hebreo. Y, finalmente, que no teniendo la moneda nombre propio de persona, cifra ni señal que la determine, carece de dato fijo para determinar el Rey ó príncipe y el año que se cuñó.



Moneda árabe.

Para suplir la falta de monedas árabes (y de salud para no haber vuscado alguna efectiva) y explicar su contenido como auxiliar de la historia, ofrecemos parte de una memoria ó apuntación que conservamos para instrucción particular, y que sirve como de regla para conocer las monedas de los tres Abderramanes I, II y III que reynaron en Andalucía, y las de los demás reyes que les siguieron por algunos siglos. Las de los Abderramanes, de que hablaremos solamente, todas llevan doble inscripción por ambos lados escritos

en el centro y circunferencia de esta suerte: por el un lado dicen en el centro

لا اله الا الله وحده لا شريك له

esto es: No hay Dios, sino Alá que no tiene compañero.

En la circunferencia dice:

بسم الله ضرب هذا الدرهم بالاندلس سنة ...

es decir: En el nombre de Dios se cuñó esta moneda en Córdoba, año, etc.

En el otro lado dice en el centro:

الله احد الله الصمد لم يلد ولم يولد له كفوا احد

esto es: Dios es uno, Dios es eterno, no engendra ni es engendrado, no tiene algún igual.



Y en la circunferencia dice:

محمد رسول الله ارسله بالهدى ودين الحقائق ليظهره على الدين ...

es decir: Mahoma embiado de Dios, le embió con la direcció y religió verdadera, aunque pese á los asociados.

La inscripció de esta moneda y otras antiguas semejantes presentan, á todos los que entienden solamente el Árabe erudito, una dificultad invencible en quanto á la pronunciació legítima, corriente y usual entre los Árabes por la falta de mociones ó vocales que enseña el uso y la voz viva; y lo que es más particular, aun cuando las tubiera, como son tres solamente las mociones que se hallan en su escritura (á saber  $\frac{a}{\overset{\cdot}{a}}$ ,  $\frac{e}{\overset{\cdot}{e}}$ ,  $\frac{o}{\overset{\cdot}{o}}$ ) para suplir el efecto de nuestras cinco vocales, ofrecen dificultad no pequeña á los demás Europeos que estudian la lengua Árabe sin maestros prácticos en la recta pronunciació, la que por otra parte es diferente según la diversidad de regiones, de provincias, de ciudades y aun de poblaciones particulares; pero como este conocimiento de la pronunciació corriente influye mui poco ó nada en el de las monedas para hallar lo que buscamos en sus inscripciones como auxilio de la historia, siempre resulta para este efecto una necesidad de conocer el mecanismo del language escrito, los accidentes de las letras, de su numeroso alfabeto, que consta de veintiocho, todas consonantes; su divisió de ligables ó iligables, etc., sus números ó cifras aritméticas (mui diferentes en figura de las que usan los demás pueblos de Europa y fuera de ella, aunque se diga que la recibieron de los Árabes); sus voces primitivas ó derivadas, simples ó compuestas; pues como existen gravadas en las inscripciones de las monedas y de otros monumentos antiguos, el conocimiento de estas cosas es como la llave del secreto, que encierra la época, el lugar, el año, el nombre del Rey, Príncipe y á veces del Hagib ó Ministro que la hizo sellar.

Los descubrimientos de antigüedades Romanas y Griegas que contiene la grande obra del Ercolano, y los que nos presenta últimamente la descripció de L'Egypte, hecha por las comisio-

nes de literatos Franceses en el tiempo de la permanencia de las tropas de Buonaparte en el Egipto, contienen exemplos innumerables de inscripciones griegas, latinas y árabes, que no solamente comprueban nuestro argumento, sino que por ellas solas se puede venir en conocimiento de la religión, leyes, costumbres, usos, gusto y grado de perfección que habían adquirido ya estas Naciones en los tiempos remotos sobre las letras, artes, etc. Pero el estado y circunstancias de un combaleciente mui débil no permiten nuevas pruebas. Sólo falta, para concluir, ofrecer este pequeño ensayo á la censura de la Real y Muy Ilustre Academia Española de la Historia, Corporación de varones tan sabios y prudentes como benignos, y á la corrección de Nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Apostólica Romana, cuius fidei et obediencie profesa, por la gracia de Dios, el último de los ministros de esta Provincia de las dos Castillas.

La Victoria de Madrid, 7 de Mayo de 1834.

BR. FR. ANTONIO DE VERA.

---